

El fotomatón



Le birlaron la cartera en el Rastro pero no lo advirtió hasta regresar a casa, calzarse las zapatillas y ponerse la ropa cómoda de los domingos. ¡Coño!, gruñó en voz alta y por momentos se le aguó la alegría de haber comprado por un precio ridículo una primera edición de *Luces de bohemia* y un disco de Yehudi Menuhin del año 54, un LP, como se decía cuando era joven y escuchaba en el tocadiscos o picú —*pick-up*— canciones francesas, italianas, *sapore di sale, sapore de mare...*, y en “single”, los primeros discos de los Beatles. Ahora coleccionaba libros, música y relojes de bolsillo de la marca roskopf. El coleccionismo suele ser una afición tardía de ociosos, maniáticos o solitarios, o las tres cosas a la vez. A punto de cumplir siete décadas se por coleccionista de años y los veía alineados uno tras otro como los cedés en el estante. «Nunca encuentras nada. Busca bien,» oyó decir a Concha, su paño de lágrimas de siempre.

No pocas veces se había preguntado ¿y yo quién soy?, y ahora, sin los carnés de identidad, de conducir, de la Seguridad Social, la visa del Santander, el bonobús, la tarjeta de Unicef..., sin nada que lo identificase, era un ser desnudo, un cadáver viviente. Puso el disco en el viejo aparato, colocó la aguja en el surco y empezó a sonar el concierto de

Beethoven en el Stradivarius del más grande violinista del siglo XX. Abrió una cerveza, contestó a Marta en el móvil.

—Me robaron la cartera... ¿No? Pues os perdéis la paella de mamá.

—Chao —,se despidió ella. Ahora nadie con menos de cuarenta años decía “adiós” para despedirse. Pues eso, chao, hija.

De la cocina llegaba el olor tibio de los domingos tranquilos. Otra cerveza, la revista dominical que venía con el periódico y la liviana modorra de la siesta del borrego le abrieron la puerta de la fantasía de los que tiene un mar de fondo lleno de confusa soledad. Sin los carnés podía ser como el caracol que deja la concha, el hombre más libre del mundo, intérprete de vidas ajenas cuya emoción desconocía. ¿Como qué? Conductor de tren bala en Japón, bailarín de tangos, pivot del Real Madrid, pope griego, camellero bereber, concertista de flauta, investigador de células madre, amante de la Pfeiffer... En esto sonó el móvil.

—*Hello*, pappú.

Era Sara, risueña, en la ventana de “guasap”, feliz de estar en Manchester. Lo llamaba pappú, porque era catedrático de griego y repudiaba el tratamiento de abuelo o yayo. Sara llevaba dos meses

fuera de casa en uno de esos intercambios del Erasmus. ¡Ah, si él hubiera tenido a los dieciocho años la misma oportunidad que su nieta de ir a un “orgasmus” en el extranjero! ¿Dónde? No en Inglaterra, porque había estudiado francés en el bachillerato. En Italia, “bello paese...” No, en Francia, entonces todo lo emocionante venía de París, el último tango con la mantequilla Marlon Brando, las francesas, Sartre, los versos, *huereux qui, comme Ulysses...* feliz quien como Ulises ha hecho un buen viaje.

En cinco minutos estaba la paella en la mesa, tiempo suficiente de espera para que la foto de la



revista que ilustraba un artículo sobre los libertinos franceses del siglo XVIII se sumase a la imagen remota de Concha, cuando era delgadita y prohibida, grácil como una rama que mueve la brisa. La foto del artículo era de una jovencita con las nalgas al aire, *Desnudo en reposo*, pintura de François Boucher, 1751.

El recuerdo de los días de vino y rosas, la foto de la tierna odalisca francesa y los dos copas de ver-dejo añadidas a la cerveza mantuvieron vivas las brasas del deseo, y poco después de la comida se alzó, se acercó a Concha, compuso una reverencia galante, tomó su mano y tiró de ella.

—Pero, ¿qué te pasa? Ahora, nooo... —murmuró ella con un dejé de fastidio.

Al día siguiente, lunes, en el avión a Oviedo, presentó el pasaporte en el aeropuerto, pero la pérdida del carné había dejado su identidad al garete y el monótono zumbido del motor le hizo entreceerrar los párpados y figurarse que era un director de orquesta capaz de inspirar a una azafata pizpireta un alto vuelo de amor *molto maestoso*, o al menos un *vivace pizzicato* bajo el lema “a batallas de amor, campos de plumas”.

En Valencia la conferencia sobre el mito platónica de la caverna salió bien, la participación en el

tribunal de doctorado, sin contratiempos, y los colegas, obsequiosos, ¿por aprecio?, ¿porque era uno de los últimos catedráticos de griego resistentes al cambio del clima cultural? Bebió sidra, se relamió con les *fabes* con calamares y el postre de arroz con leche, y regresó un día después con la satisfacción añadida de que aún se podía andar por el mundo sin carnes, esas marcas de plástico que convertían al ciudadano en propiedad de burócratas y policías, una mercancía, un esclavo —un **δούλος**—, un cuerpo fichado con un número al servicio de amos.

Así que regresó a casa sin novedad y por la noche —cenaban pronto, sobre las ocho y pico, horario de guiris— salió con ropa informal a comprar tabaco y echar una carta al buzón de la inmediata estación de autobuses.

—¿A dónde vas a estas horas? —le dijo Concha—. No será tan urgente.

Fue la voz de la sibila. Nada más cruzar el umbral, le cerraron el paso dos policías.

—Documentación, por favor.

¿Lo delató, quizás, su barba sarmentosa de tres días o fue celo reglamentario? Así, mucha pinta de marroquí sin papales no tenía y menos aún de un tal Florencio Chiclana, buscado por haber matado a

su pareja aquella misma tarde en un apartamento de la playa de Gandía. Otro crimen machista.

Razonó con titubeos al policía, mostró la carta, dijo su nombre completo, vivo ahí en el 53.

—No salga de casa indocumentado.

Tuvo que renunciar a la ilusión de ser un apátrida. Le fastidiaba no solo el trámite burocrático de sacar el carné de identidad, sino la convicción de que renovarlo era un ajuste de cuentas con el tiempo. ¿Qué somos, sino tiempo, un esqueleto de años? De joven había leído a fondo a Machado, a Camus, a los existencialistas... Pero, como se sabe, a partir de los setenta el carné de identidad se expide con fecha de caducidad de 9.999. ¡Qué magnífica *εἰρωνεία*, suprema ironía! La ironía era la llave de los sofistas. A sus alumnos les enseñaba a ser irónicos para defenderse. La ironía era una pistola con silenciador. Una puerta a la libertad, ¿quién había dicho eso?

Al día siguiente, jueves, antes de salir a la calle para hacerse el carné, observó su rostro en el espejo del ascensor. Era la expresión de siempre, pero la raya del pelo era perfecta, un mechón estratégico medio ocultaba la imparable calvicie, y el afeitado, riguroso. Poco antes había recortado con ágil esgrima de tijeras los pelos de las orejas y

broza de las fosas nasales. Fosa: qué palabra; le vino a la mente la imagen fúnebre de una tumba llena de hierbajos. Comprendió que aquella broza inútil que crecía cada vez con mayor pujanza era un signo de decadencia. “Te haces viejo, Alfredo”. Pero el tacto agradable de la camisa limpia, la corbata Hermes y unas gotas de *Eau de Metal for Men* en la solapa de la americana le devolvieron la alegría de estar vivo.

Recogió un libro para entretener la espera en la comisaria, θάνατος και λήθη, *zánatos kai leze*, la muerte y el olvido, recogió el llavero y cerró la puerta. El veredicto del espejo del ascensor fue favorable. Salió a la avenida del Puerto silbando unos compases de *Bella figla dell'amore* y ya en la acera cambió de melodía. Libre, como el viento, como el mar, yo soy libre... El mundo era suyo.

La comisaría quedaba cerca de casa, una vez pasado el caserón del Gobierno Militar. Como suponía, tuvo que guardar cola, rellenar un par de formularios y salir de nuevo a la calle para fotografiarse en una de esas cabinas que llaman “fotomatón”. Había oído hablar de lo mal que sale la gente en las fotos de carné, con ojos saltones, mueca de estupor y aspecto de forajido. Pero ¿no dicen que la cara es el espejo del alma? ¿En qué quedamos? En

un instante de pánico pensó que los retratos para el carné reflejan la tristeza o la mala leche que llevamos dentro, pero se consoló con la idea de que es mejor arrostrar durante un lustro una de esas fotos alevosas a que te estampen en la frente un código de barras. Cualquiera día nos marcan como los botes de espárragos, las compresas o demás productos del supermercado, pensó.

Justo frente a la comisaría estaba la cabina de fotos. Le pareció un confesonario, con cortinilla y todo, donde tendría que rendir cuentas ante el objetivo como ante el ojo invisible de Dios. Recordaba con horror aquellas remotas confesiones generales tras los ejercicios espirituales en el internado. Suponía que al exponer su cara al fotógrafo invisible le iban a desvelar las secretas galerías de su conciencia. Al final siempre es amargo el balance de lo que se ha vivido.

Entró en la cabina, se sentó en el taburete, tieso como un reo al que van a dar garrote, metió tres monedas de euro y esperó el fogonazo del flash. “¿No tardaba más de la cuenta?”, se preguntó impaciente, frunciendo el entrecejo y tragando saliva justo en el instante en que se iluminó la pantallita de cristal. La cagué, pensó, suponiendo con

fundamento que saldría en la foto con cara de amargado y un hosco rictus de necedad.

Descorrió la cortina, salió fuera y aguardó mientras la máquina procesaba su imagen con ruidos de cañería o de vientre descompuesto. Al cabo de un minuto interminable asomó por la ranura una tira de papel. La recogió y se quedó de piedra. Era una secuencia de cuatro fotogramas que correspondían a remotas imágenes de la memoria. La primera era la foto de un rollizo bebé de dos años que jugaba feliz con una caja de zapatillas Wamba. La segunda era el retrato de un adolescente flaco y confuso, en bañador, una fotografía tomada al atardecer en la playa de Luanco, contra un fondo de mar bravo, aquel verano inmenso en que había besado a Clara en la boca y compuso el primer soneto de amor. La tercera foto era la típica del soldado chusquero, pelón, tostado por el aire cruel de Zamora, con sonrisa forzada que delataba su escaso espíritu castrense; una pluma había garrapateado la fecha: noviembre de 1977. El cuarto fotograma era el de una pareja de novios, aunque ella no iba de blanco, sino con vestido de velos y pamelas, y él llevaba el traje azul oscuro de los novios, corbata gris y el atolondramiento inevitable del día de la boda.

Como si el fotomatón fuera una máquina tragaperras, el indocumentado profesor de clásicas padeció a partir de ese instante el veneno de los jugadores empedernidos. Concentrado ante el objetivo, metía monedas y rescataba tras una espera una tira de cuatro fotos, y otra, y otra, calderilla de momentos dispersos de su vida. El fotomatón escupía pruebas de haber vivido, fotos de nostalgia sepia, pero él ya buscaba instantáneas felices del futuro, brindando en la siguiente nochevieja, tumbado a la bartola en una playa blanca del Caribe, pronunciando el discurso ante los Reyes el día que le concedieran el premio Cervantes. Le acometió la ansiedad del jugador arruinado que confía en reponerse de una racha aciaga en la última mano, con la última ficha. Así que se acomodó una vez más en el taburete, un poco ladeado, contraviniendo las instrucciones para que el disparo del fotógrafo invisible revelase su destino. Pulsó el botón y aguardó la ejecución del fogonazo.

Al oír la detonación, el guardia apostado a la puerta de la comisaría se tiró a tierra pistola en mano, mirando descompuesto a ambos lados de la calle, pero no vio nada anormal. En aquellos días la policía vivía con la barba al hombro porque la ETA había puesto bomba en hoteles de Cullera y Jávea

para espantar el turismo. De pronto el policía observó que se movía tenuemente las cortinilla de la cabina del fotomatón, se alzó, cruzó de prisa la calzada sin levantar el dedo del gatillo y se acercó. Descorrió de un manotazo la cortina y se encontró con el cuerpo de un hombre desplomado sobre el taburete, fulminado de un certero balazo en la sien.

Entre tanto, la máquina regurgitaba con normalidad los últimos ruidos antes de escupir una tira de fotos negras, veladas por completo.